

cos, ⁽¹⁾ por ejemplo, creían atestiguar el amor á sus padres, y ahorrarles una muerte miserable precedida de larga y dolorosa enfermedad. Los mongoles tenían costumbre de comer á sus padres muertos, creyendo así darles la sepultura más honrosa. ⁽²⁾ Pero ¿no es precisamente una prueba de increíble decadencia el que se extravíen los hombres hasta el punto de hacer que desaparezcan de este valle de lágrimas, por tan horribles medios, los seres queridos? Además, son raros los casos en que un resto de amor natural, unido á la barbarie semejante á los instintos felinos, producía tales costumbres.

No creemos engañarnos dándoles ordinariamente por causa el motivo más bajo que se puede concebir, esto es, la tendencia á deshacerse de individuos, por su edad inútiles ya, y onerosos en la familia. Es un juicio duro; pero se impone verdaderamente al considerar los hechos. Los antropófagos del África central confiesan á Stanley que le atacaron á él y á sus compañeros, únicamente para comerlos, porque, según ellos, comían á los extranjeros como á sus mujeres ó á sus maridos cuando eran viejos. ⁽³⁾ Los hérulos obligaban á sus padres á suplicarles que apresurasen su muerte; entonces los colocaban en una pira, hacían que les diese el golpe de gracia cualquiera que no perteneciese á la familia y quemaban el cadáver. ⁽⁴⁾ Los tibarenios precipitaban de la montaña más próxima á los ancianos debilitados por la edad. ⁽⁵⁾ Los medas, ⁽⁶⁾ los bactrianos ⁽⁷⁾ y los hircanios ⁽⁸⁾ los arrojaban á los perros y á las aves de rapiña. Los padeos prefieren comerlos, mientras que son comestibles, antes que ver su carne inutilizable

(1) *Præparat. evang.*, (Viger), 1, 4, p. 11, d.

(2) Rubruquis, *Voyage en Tartarie*, c. 28.

(3) Volz, *Stanleys Reise durch den dunkeln Welttheil*, (1881) 287.

(4) Procop., *Bell. Goth.*, 2, 14.

(5) Euseb., *Præp. evangel.*, 1, 4, p. 11, d.

(6) *Ibid.*, 6, 10, p. 277, d. Plutarco, *Alex. Fort.*, 1, 5.

(7) Euseb., *loc. cit.*, 1, 4, p. 12, a. Strabón, 11, 11, 3.

(8) Cicerón, *Tuscul.*, 1, 45. Plutarco, *Utrum vitiositas ad infelic. suff.*, 3 (París, 1868, III, 604). Euseb., *loc. cit.*, 1, 4, p. 11, d.

por la muerte. ⁽¹⁾ Los caspianos los encierran, dejándolos morir de hambre: ⁽²⁾ los indios ⁽³⁾ y los hotentotes ⁽⁴⁾ no interrumpían su marcha, abandonando á los que no podían seguirlos, expuestos á morir de hambre ó devorados por las fieras. En las islas Carolinas se pone á los viejos en una barca y se los entrega al capricho de las olas. ⁽⁵⁾ Los insulares de Fidji ⁽⁶⁾ y los polinesios ⁽⁷⁾ los estrangulan. Los battas de Sumatra los comen lo mismo que si fuesen prisioneros de guerra y criminales condenados á muerte. ⁽⁸⁾ En esta materia, pues, los eufemismos resultan inútiles.

La mayor parte de esos pueblos nos dan pruebas más que suficientes de que aquellos crímenes, llamados progreso natural y conmovedora ternura, no son más que degeneración de un estado anterior más perfecto. ⁽⁹⁾

La voz de la naturaleza y de la razón dice á todo hombre imparcial que tales hechos son una deserción de la naturaleza humana. Los persas creían que nunca se había visto á nadie atentar contra la vida de sus padres; un parricida era la más legítima prueba de ser el criminal hijo ilegítimo. ⁽¹⁰⁾ Los romanos creían que el hombre podía caer tan bajo que fuese capaz de violar las leyes más naturales y más sagradas; pero juzgaban indispensable castigar de un modo extraordinario la perversidad que se manifiesta en los atentados contra los padres; por eso cosían al criminal en un saco de cuero y le arrojaban al agua. No querían echarle á las fieras, por temor á que semejante alimentación las hiciese más salvajes todavía; ni le arrojaban

(1) Herodot., 3, 99, 1.

(2) Strabón, 11, 11, 3.

(3) Catlin, *Manners of the North American Indians*, I, 216.

(4) *Collection de toutes les descriptions de voyages* (Leipzig, 1749, V. 169).

(5) Waitz, *Anthropologie der Naturvölkerkunde*, V, 2, 150.

(6) *Ibid.*, VI, 638-641.

(7) *Ibid.*, VI, 397.

(8) *Ibid.*, V, I, 188 y sig. Ratzel, *Völkerkunde*, (1) II, 377.

(9) Waitz, *loc. cit.*, V, 1, 189. Martius, *Ethnographie und Sprachenkunde Amerikas*, I, 3 y sig., 134.

(10) Herodot., 1, 137, 2.

al agua sin envoltura por temor á que el contacto del monstruo la envenenara. ⁽¹⁾

Aquí debemos repetir una vez más cuán diferente es nuestro proceder del de nuestros adversarios en la cuestión del adelanto ó del retroceso del género humano. Nosotros la consideramos como una cuestión absolutamente histórica; nos servimos de pruebas ciertas, que siempre examinamos con prudencia, hasta con desconfianza, y nos referimos con preferencia á la historia indiscutible de pueblos que cuentan ya miles de años de todos conocidos; nuestros adversarios, por el contrario, hablan de períodos históricos inventados á su capricho, de los cuales pueden todos pensar lo que mejor les parezca, y respecto á los que tiene cada cual una opinión diferente, porque nadie sabe nada cierto relativamente á ellos. Ó bien nos conducen á pueblos, que, aereolitos de la humanidad, sólo desde hace algunos siglos tal vez existen como pueblos; por lo tanto sin historia, sin recuerdos y sin leyendas; y querrian que considerásemos el triste estado de hoy como el primitivo de su civilización; hasta como la condición primitiva de toda la humanidad, y entonces necesitaríamos creer bajo su palabra, sin más examen, todas las hipótesis sin fundamento y las conclusiones arbitrarias que deducen en un abrir y cerrar de ojos, con la celeridad de un prestidigitador, únicamente porque ellos lo afirman.

Tenemos derecho á decir que todo cuanto nos refieren de los pueblos de naturaleza no tiene fundamento alguno; no solamente no está probado, ni lo puede ser históricamente, sino que es ni más ni menos que imposible. Rocholl, que por otra parte no acepta en manera alguna sin reserva esa suposición que no tiene consistencia, cree probable que esos pueblos de naturaleza son los restos del grado más antiguo de civilización, por ciertas plantas atrasadas en su desenvolvimiento, que Oswald Heer pretende haber descubierto en las islas de Madera. ⁽²⁾ Sin resolver la

(1) Cicerón, *Pro Roscio Amer.*, 25, 26.

(2) Rocholl, *Philosophie des Geschichte*, II, 143 y sig.

cuestión de si existen plantas que se desarrollan y otras que no, respondemos que un simple estado estacionario no es posible entre los hombres. Un sabio que durante treinta años no trabaja más en su instrucción, el carácter más noble que no despliegue ya su actividad moral, no se detiene en el punto á que llegó, sino que disminuye y retrocede.

Si tiene esto aplicación á los individuos, con mayor motivo á las tribus y á los pueblos. Nadie creerá que los judíos de hoy se parecen á los contemporáneos de David; nadie buscará en los indios actuales á los habitantes que en América encontraron Cortés y Pizarro. Y entonces, esos pueblos groseros, que, por la erupción de las más salvajes pasiones, diariamente se esterilizan como un volcán, se fraccionan y se desmenuzan en las luchas más encarnizadas, ¿serían los testigos inmutables de lo que era la naturaleza humana hace millares de años? ¡No! ¡Jamás! Son relativamente á la verdadera naturaleza humana lo que el Talmud y la Cábalá son al antiguo Testamento; lo que los coptos, abisinios y nestorianos persas son con respecto al Cristianismo. Tienen restos de civilización primitiva, nadie lo niega; pero no se pueden distinguir estos restos mejor que el agua de los torrentes en el mar. Están mezclados con toda especie de elementos extraños, y desfigurados de tal suerte, que no se los puede reconocer, como la historia en la leyenda. En una palabra, no son los restos de la civilización antigua y primitiva, sino testimonios de su ruina; no están privados de civilización, sino que son víctimas de una civilización viciada.

El ejemplo de la formación de las leyendas es tal vez entre todos el que mejor aplicación tiene aquí. Las leyendas suponen recuerdos históricos; pero nadie puede conocer la historia por ellas, pues se prescindió demasiado de ésta; se le añadió ó se la alteró mucho; de ese modo se explica la mezcla de civilización y de barbarie, de nobles caracteres y de horribles degeneraciones que encontramos en esos pueblos. Los boschimanos son todavía más salvajes y fieros que los hotentotes, pero su lenguaje rico y elegan-

te es el resultado de un profundo trabajo intelectual. Los australianos, aunque muy salvajes, tienen admirable memoria, pasmosa facilidad para formar palabras nuevas, y lenguas en cuyas declinaciones hay diez y ocho casos: los malayos se distinguen generalmente por una gran elocuencia, los negros por su facilidad para aprender idiomas extranjeros. Será inútil hacer notar los defectos que deslucen esas cualidades; pero apenas se encontraría uno de esos llamados pueblos de naturaleza que no diere pruebas de una civilización superior ó que, por lo menos, no tuviese disposiciones para ella.

Por otra parte, esos pueblos de naturaleza podrían quejarse con razón de que, tratándose de ellos, se interpretaran como señales de falta de civilización primitiva tantas cosas, que también se encuentran en los pueblos más cultos y en los tiempos de civilización corrompida. Al antiguo Strabón le sorprendió ya ver cómo las prácticas de una refinada sensualidad se hallaban lo mismo en la salvaje Comana que en la delicada Corinto. ⁽¹⁾ Los mosinocos pasaban por uno de los pueblos más groseros de la antigüedad; entre todos, eran los que más se distinguían de los griegos por su manera de vivir; no obstante lo cual confesaban los mismos griegos que nada tenían que envidiarles respecto á desórdenes. ⁽²⁾ Los conquistadores españoles, y después los viajeros, encontraron, los primeros en los pueblos primitivos de América y los segundos en Australia y Polinesia costumbres tan sensuales, que á lo sumo tendrían rivales en la Roma de los Césares, en la corte de los reyes persas, en la de los Califas, y en el lodo del siglo XVIII.

Si se consultara, pues, la historia, atestiguaría que no conoce verdadero estado de naturaleza; lo que llaman así no es más que la degeneración de la naturaleza, la decadencia y un gran retroceso de la humanidad. Si alguna vez significa una palabra lo contrario de lo que expresa es verdade-

(1) Strabón, 12, 3, 36.

(2) Jenofon., *Anab.*, 5, 4, 33, 34.

ramente en este caso. Por una parte encontramos en estos llamados pueblos de naturaleza vicios que sólo corresponden á una civilización radicalmente corrompida; y por otra, salvaron del caos del salvajismo en que yacían restos de ideas morales muy elevadas, como los groseros botecudas que tienen una palabra determinada para expresar el pudor, ⁽¹⁾ y se portaban en muchos conceptos con gran delicadeza; de suerte que esas cosas están en contradicción flagrante con su modo de obrar y con toda su vida. ⁽²⁾ Si esas groserías de los llamados pueblos de naturaleza no son una profunda decadencia moral, si las buenas cualidades que en ellos se encuentran no son restos de mejores tiempos, entonces nada hay en la tierra seguro é innegable.

14. La persuasión general y antigua que la humanidad tiene de su retroceso.—Una prueba que no carece de valor para este hecho es la creencia general de la humanidad: por muy optimista que se quiera ser, no puede negarse que el mundo decae más bien que progresa. No son únicamente los panegiristas irreductibles de los antiguos tiempos, ni los pesimistas censores del presente los que emiten siempre la idea de que un día vivió la humanidad en más perfecto estado, y que después declinó, sino que participan de la misma opinión inteligencias sanas y moderadas. Si el mundo progresó en la civilización externa, dicen, no puede alabarse de haber hecho lo mismo desde el punto de vista intelectual y del moral. Creemos que esa es la convicción del corazón humano, pues jamás hubo nadie que, bajo la impresión de los acontecimientos de la vida, no haya hallado involuntariamente lo mismo, cualquiera que sea, por otra parte, la severidad de que dé prueba en sus juicios.

Esa creencia universal en lo concerniente á nuestra cuestión concuerda perfectamente con el testimonio de la historia. Se hará muy bien en no encarecer tanto nuestros progresos exteriores con relación á los tiempos pasados, si no se quiere quedar desmentido por los hechos. Es discu-

(1) Peschel, *Voelkerkunde*, (1) 152. —(2) Cf. *Conf.*, VII, 3.

tible también si, con todos los inventos modernos, somos superiores en artes mecánicas á los antiguos como incesantemente nos complacemos en repetir: no han probado todavía los hechos que nuestra época aventaje en magnificencia y en habilidad artística la arquitectura de los egipcios, los indios y los griegos; que pueda crear una nueva Palmira ó una nueva Baalbeck. Los descubrimientos hechos en las pirámides de Dahschur, los hallazgos etruscos, micenos y troyanos, demuestran que las diversas artes, especialmente la orfebrería, estaban hacia el año 2000 antes de Jesucristo á una altura que difícilmente igualan los modernos. ⁽¹⁾ Los más hábiles pulimentadores de piedra europeos, dice Maler, quedarían llenos de admiración ante las obras maestras artísticas que los antiguos americanos hicieron con piedras preciosas, con la piritita, la obsidiana, la más frágil de todas las materias; ⁽²⁾ nunca será demasiado el asombro ante la magnificencia y la elegancia de sus edificios. En la construcción de caminos y en la organización de correos, tal vez aventajaron á los romanos. ⁽³⁾

En la ciencia pura, ni tratamos siquiera de exceder á los antiguos, á menos que, procediendo como algunos, desacreditemos los principios de Euclides como una insignificante bagatela, ó consideremos como un progreso el desdeñar habitualmente la lógica de Aristóteles.

La mayor parte de las veces, de tal modo nos ciegan nuestras mejoras, que no reflexionamos sobre la importancia de los trabajos intelectuales de los antiguos para realizar todos los inventos é instituciones que nos legaron; consideremos, pues, cuánta inteligencia y aplicación fueron necesarias para inventar nuestros más sencillos instrumentos, el barreno, el tornillo, la sierra, la escuadra, el torno, el cuchillo, el arado, el telar, el arco, la escala, el harpón, la bomba, la rueda, el carruaje, hasta una alfiler. Ahora que ya tenemos la primera idea, fácil nos es perfeccionar todo esto; pero ¿á quién de nosotros se le habría ocurrido? Los

(1) *Allgem. Zeitung*, 1884, *Beil.* 131, 6 y sig.

(2) Ratzel, *loc. cit.*, (1) III, 681 y sig.—(3) *Ibid.*, III, 686 y sig.

antiguos creían deber atribuir á una comunicación divina el descubrimiento del fuego, y ¿quién sabe si no tendrían razón? En todo caso, nos muestra esa opinión que sus ideas eran bastante profundas para comprender cómo la cosa en apariencia más sencilla exige los mayores esfuerzos intelectuales; pero nos aprovechamos de todo eso, y del arte de construir las bóvedas, de las industrias agrícolas, del perfeccionamiento de las gramíneas y de los árboles, del sistema de cifras, de la escritura, de la división del año y de mil otras cosas, con una indiferencia que sorprendería hasta á los llamados bárbaros. Y tendrían razón, porque de ese modo probamos que no somos capaces de apreciar lo que hicieron.

Con más motivo aún se aplica esto á las conquistas intelectuales de la humanidad. Jhon Comfort Fillmore sometió á un minucioso examen los primitivos cantos de los indios, y descubrió desde el punto de vista musical tan elevado arte, que no vaciló en clasificarlos entre cuanto tenemos de más perfecto en el género; ⁽¹⁾ y quien haya tenido la dicha de estudiar los más antiguos idiomas, sabe cuanto aventajan á los modernos en psicología, en lógica, en filosofía, en música, en retórica y en poesía.

No negamos que los tiempos modernos hayan realizado también hechos muy notables en varios conceptos; pero debemos ser justos y no despreciar el mérito del pasado por celebrar lo presente. Nadie puede contemplar un buque de guerra moderno sin penetrarse de admiración; pero todos admitirán que la distancia que separa de la lancha del pescador el acorazado no es tan asombrosa como la invención de la barca, de las velas y del timón. Con razón dice Horacio que quien se confió el primero á los vientos y á las olas debía tener el pecho forrado de una triple plancha de bronce. ⁽²⁾ Los fenicios consideraban tan grande la acción de aquel héroe, que le adoraban como un dios. ⁽³⁾

(1) *Century, Jan.*, 1894, *Revue des Revues*, VIII, 155 y sig.

(2) *Horac., Od.*, I, 3, 9 y sig.

(3) *Filon Bybl., Fragm.*, 2, 8 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 566). *Euseb., Præp. evang.*, I, 10, p. 35, a.

Además, la historia demuestra que dondequiera que hay un verdadero progreso en todos los dominios de la actividad humana, tiene que ser tan sólo parcial é intermitente; el agotamiento, la decadencia, el retroceso, vienen muy pronto. La fuerza del progreso exterior es moderada, y tiene siempre necesidad de un impulso externo, ⁽¹⁾ pero jamás dura mucho. Cuanto mayor es el avance, más rápida es la decadencia. Si recorremos los países en otro tiempo florecientes por su civilización, desde el Indo hasta las columnas de Hércules, encontraremos un desierto casi continuo. Los pueblos prosperaron; agotaron el suelo, gastaron sus fuerzas; luego desaparecieron. Desiertos, ruinas, poblaciones esparcidas y extenuadas, nos recuerdan los magníficos días de otras épocas.

Pero donde se advierte más la decadencia es en la vida religiosa y moral. Todas las leyendas hablan de una edad de oro y de un empeoramiento progresivo de la humanidad. Según la tradición fenicia, las artes y los inventos aumentan entre los primeros hombres, ⁽²⁾ y según los babilonios, fueron debidos á una comunicación sobrenatural; pero en cambio hay una considerable decadencia interior. ⁽³⁾ La tradición irania nos muestra á los hombres viviendo de frutos y después de leche. Más tarde, comen la carne de los animales y se visten con sus pieles. Inventan el arte de emplear el hierro, pero inmediatamente abusan de él para la guerra y el homicidio. Cuanto mejor es el empleo de los bienes terrestres, mayor es el retroceso á la barbarie moral. ⁽⁴⁾ Los brahmanes, entre los indios, representan la misma convicción, ⁽⁵⁾ y los budistas también; ⁽⁶⁾ pero, naturalmente, adulterada por comentarios

(1) Niebuhr, *Röm. Geschichte* (2 Aufl. 1827), I, 82. Livingstone, *Neue Missionsreisen*, (1866) II, 227.

(2) Berosi, *Fragm.*, 1, 3 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 497).

(3) Filon Bybl., *Fragm.*, 2, 8, 9 (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, III, 566). Euseb., *loc. cit.*, 1, 10 (Viger, p. 35).

(4) Spiegel, *Iran. Alterthumskunde* I, 473 y sig., 511 y sig., 525 y sig.

(5) Lassen, *Ind. Alterthumskunde* II (2), 731; IV, 592.

(6) Koepen, *Religion des Buddha*, I, 277-279, 431.

fantásticos y por la influencia del pesimismo. Los griegos creían igualmente que los hombres eran en otro tiempo mejores y más benignos, no habiendo entre ellos ni guerras, ni envidias, aunque no tuviesen las artes que se inventaron después. ⁽¹⁾

Pero esos días mejores y el principio de la decadencia se refieren á épocas muy remotas; por la historia de Melampo, ⁽²⁾ y por las lamentaciones de Homero, sabemos que los griegos creían que debieron pertenecer á los tiempos más antiguos. La misma convicción expresa Platón claramente en la introducción al *Timeo*. Los mejicanos hablan de hombres prudentes que existieron en la antigüedad primitiva, que habrían tenido una vida muy perfecta, y cuyos labios proferían áureas palabras para instruir á los hombres. ⁽³⁾ Hasta los chinos afirman que, en tiempos remotos, la vida era mejor que más tarde; posible es que, precisamente por su excelencia, sea tan poco lo que se sabe de los tiempos primitivos. ⁽⁴⁾ Se dice ya en el *Schi-King*: «Entre tantas fiestas, una pena debe entristecerme; tengo que recordar á los antiguos sabios, y me affige el que estén muertos, habiendo desaparecido sin dejar imitadores. Suenan alegres las campanas, y se mezcla con los suyos el sonido de muchos instrumentos nuevos; pero antiguos cánticos regios encuentran todavía eco en mi corazón». ⁽⁵⁾

El *Rigveda* canta igualmente en las Indias con melancólico tono los días de otra época, cuando el sol estaba todavía en su aurora y los sabios de los primitivos tiempos, que cultivaban el orden y el derecho, tomaban ellos mismos parte en las fiestas de los dioses. ⁽⁶⁾

15. Breve idea de la verdadera historia de la ci-

(1) Dicæarchi, *Fragm.*, 1, (Müller, *Fragm. hist. Græc.*, II, 233 y sig.). Porfir., *Abstin.*, 4, 1, 2.

(2) Herodot., 2, 49.

(3) Waitz, *loc. cit.*, IV, 124 y sig.

(4) Plath, *Recht und Gesetz im alten China* (Abhandl. der bayer. Akad. der Wissensch., X, 3, 779).

(5) *Schi-King*, traduct. Rückert (G. W., 1862, VI, 284 y sig.).

(6) *Rigveda*, 7, 76, 3, 4.